

VERDAD Y POLÍTICA ACERCÁNDONOS A HANNAH ARENDT

Hugo Vadillo Zurita ¹

DOI: 10.19136/cz.a18n36.6476

En una sociedad politizada, la verdad en muchas ocasiones es la gran ausente y en tanto, hemos creado un sistema de creencia en torno a las opiniones.

Verdad y política es una de las discordancias más dramáticas de la vida contemporánea, y la gran teórica política alemana del siglo XX, Hannah Arendt, nos descifra claramente esta contradicción en tiempos en los que, en el mundo, la verdad pareciera estar ausente en muchos escenarios políticos.

Arendt refiere que hay una enorme vulnerabilidad en cuanto a la relación de la verdad con la política, ya que la verdad históricamente está desasociada de la política; la mentira se ha convertido en una herramienta de uso justificable en la vida del político y, en general, en la vida del estado.

La verdad es absoluta, coercitiva, excluyente y singular, en cambio en muchos ámbitos de la política, la opinión de los hechos se sobrepone, incluso, por la realidad.

¹ Es Licenciado en Ciencia Política y Administración Pública por la Universidad Nacional Autónoma de México, y estudios en Relaciones Internacionales por la Universidad del Valle de México. Ha cursado diversos diplomados en política exterior, globalización y análisis político en el Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE); desde hace varios años ha dedicado un esfuerzo especial por trabajar en los derechos de los migrantes y sus familias en México y el exterior, lo que le ha hecho presidir el movimiento Internacional “México Migrante” que reúne las expresiones de organizaciones y líderes de la sociedad civil y del gobierno en México y Estados Unidos.

Contraria a la verdad está la opinión, y ésta es la que da a cualquier conflicto intensidad política por ser necesaria para el poder. La verdad se ve desplazada por la opinión; la opinión política se antepone a la verdad a través del uso de la demagogia.

La libertad de opinión es una falacia ya que el decir opiniones no es totalmente decir la verdad. Al decir la verdad -refiere Arendt- se corre el riesgo de que no te crean, al hacerlo te aíslas en un pequeño mundo personal o con personas que comparten la verdad.

Básicamente se da un dilema: o dices la verdad o mantienes el status quo.

En nuestros días, estamos muy vinculados al accionar político y utilizamos términos como “politización” para expresar que un conflicto o hecho (como el de la inseguridad y la violencia) ha escapado del control del estado y de las instituciones creadas para ello. Al politizar cualquier asunto de competencia social se vuelve un asunto de la política y esta a su vez lo trasforma, cambia e interpreta, privilegiando la falsedad deliberada y la mentira, y la comunica a los subordinados para mantener su posición y, más aún, legitimarla ante la sociedad; así pues, hechos como el voto o la participación política de la mujer, el reconocimiento de los derechos a los indígenas o a grupos vulnerables, la defensa a los derechos humanos de las personas migrantes que hoy son temas de importancia en el debate, tuvieron un proceso difícil en el cual la misma opinión pública los consideraba como temas que no tenían razón de ser; o pensamientos como el fascismo o el nazismo que tuvieron respaldo pleno por grandes sectores sociales que creían en su o sus líderes al dar el carácter de verdad a esta opinión o corriente, ocultando en contraparte la verdad ya que sin duda es el medio más eficaz para denunciar al poder como tal.

La mentira política se convierte en acción y en interés parcial de quienes detentan el poder, sin importar el partido, ideología o corriente de la que provengan. El político que creía decir la verdad, de alguna manera compromete su veracidad convertida en independencia de los lazos de dominio.

México vivió muchas épocas en donde la verdad estaba restringida por el poder cuando ésta atenta contra sus intereses; en esos momentos, no hay libertad de decir la verdad y, paradójicamente, si hay libertad para decir mentiras surge la manipulación de los hechos con el fin de legitimar sus acciones. La historia, pues, puede ser un claro ejemplo y con múltiples pruebas de ello.

Existen muchos espacios de poder y de la política donde se establece un ámbito que privilegia el error, la mentira y el engaño; la política cambia constantemente el sentido de la historia al falsear los hechos reales. Se dice que la historia la escriben los vencedores y ante esta visión hemos estado y estamos en el riesgo de que si no actuamos social y conscientemente con compromiso y convicción democrática, podemos repetir errores y desaciertos.

Sin embargo, la verdad tiene un gran poder de coacción frente al poder político porque sirve de contrapeso moral o ético. La misma historia ha dado la razón a muchas situaciones que ahora nos parecen desquiciadas pero que en su momento tuvieron el poder social para funcionar como verdad, aunque no lo fuera. Vgr. El racismo, la discriminación, la xenofobia.

En cuanto a la violencia, la relación se da con las mentiras en la medida en que éstas son utilizadas por los actores sociales y políticos; a menudo sustituyen a medios más violentos; bien puede considerarse como herramientas de arsenal. La violencia es la última etapa, el

último recurso que tiene quien no puede con argumentos y acciones lograr un equilibrio social o atender un conflicto o conato.

La política y la violencia tienen un vínculo separable, es decir, significa que el acceso a la autoridad se relativiza porque existe un elemento de reconocimiento: la política sí es reconocida como medio para lograr el poder, la violencia, no. La no relación se matiza más cuando uno se da cuenta de que el contenido de la violencia es totalmente distinto a la política y al poder. Sin embargo, se utiliza comúnmente en la actualidad para sembrar miedo y volver a los ciudadanos en votantes por el miedo y no por la propuesta, y es a través de la violencia como se pretende empujar un proyecto político que signifique en más espacios de poder.

Con ello se muestra cómo la verdad se oculta, se manipula con el fin de preservar los intereses; en realidad, la verdad no se hace presente, en la vida pública lo único que se presenta es la opinión y la verdad se convierte en un juego de diversas opiniones las cuales solo aseguran defender la postura propia de quien las proclama.

En el escenario político mundial, es la constante: la verdad no existe o está muy oculta, el poder puede ser el medio que permite ocultar la verdad, también la educación y la costumbre, ya que cuando una sociedad está acostumbrada a la opinión, cuando surge la verdad lo más probable es que tachen de loco a quien lo dice y lo crean mentiroso pues está dirigiéndose hacia planos desconocidos y hasta peligrosos para la sociedad.

El conservadurismo fomentado en la sociedad mexicana desde la perspectiva del poder nos limita y corrompe, nos hace partícipes de actos inverosímiles para los niveles de democracia que anhelamos para asumirnos como una sociedad y un país desarrollado. En México, desafortunadamente

ha privado la tesis de que el acceso y avance democrático de la sociedad va en función de la realización de comicios transparentes y confiables, lo que delimita un marco de responsabilidades de la sociedad y de los representantes en el poder. Así pues, se ha gestado un estado que obedece al partido político que lo llevó al cargo o puesto que ocupa y el compromiso social se limita a una labor asistencial y de gestión muy reducida y que solo se es manifiesta cuando en la escalera o trampolín político se aspira a ir de un cargo a otro y resulta necesario el sufragio de los votantes.

Desde luego, la contradicción de verdad y política no es un hecho del cual solo se responsabilice a quienes están en turno en el gobierno; la propia sociedad es también culpable por conformarse y hasta legitimar hechos como los altos sueldos o bonos de funcionarios, el poco o nulo acceso a condiciones de bienestar, la aceptación de planes de estudio mediocres o sesgados en las escuelas públicas, el limitado acceso a servicios de salud o participar de la cadena de la corrupción en sus distintas facetas.

Este ambiente hace propicio que algunos gobernantes reflejen en ineficacia y corrupción su accionar, el cual no es más que lo mismo que se vive en su entorno social, pues al aceptar una opinión como verídica estamos siendo cómplices de una comedia que tiende a involucrarnos en papeles secundarios o incluso estelares.

El miedo nunca será un buen consejero y el actuar político seguirá deteniendo a la verdad, mientras la sociedad siga creyendo que las opiniones de los dueños del micrófono y del poder es la cierta.



Hoy en día, este discurso se actualiza y fortalece con los avances tecnológicos, las redes sociales que fácilmente pueden volver “viral” una opinión y hacerla tendencia, sin necesidad de explicar o refutar lo dicho o expresado y, más aún, no existe un mecanismo censor que regule e incluso sancione las acciones que pudieran conducir a eventos trágicos a partir de una mala opinión compartida y distribuida ampliamente, desde luego preservando la condición más alta de la libertad de expresión.

El gobierno no es eterno, lo que sí es para siempre es la educación y los valores que podamos construir para sumar orden y progreso a nuestro devenir diario. Esto solo lo vamos a lograr cuando decidamos enfrentar la corrupción y dejar de normalizar sus prácticas dañinas, cambiar desde la sociedad las posibilidades de cumplir con los valores y principios de la política para hacerla precisamente el instrumento que garantice la justicia, la equidad y la democracia al alcance de todos y para beneficio de cada habitante de nuestro estado y de nuestro país, y no solo un medio para alcanzar un cargo público.